




C A P Í T U L O 1

TEORÍAS SOCIOLOGICAS CLÁSICA DE LA CULTURA: FUNDAMENTOS, TENSIONES Y VIGENCIA

 <https://doi.org/10.22533/at.ed.949112627041>

Hermes Emilio Martínez Barrios

Docente ocasional titular. Universidad Popular del Cesar UPC, Colombia
<https://orcid.org/0000-0002-6932-157X>

Álvaro Arrieta Hernández

Docente catedrático asociado. Universidad Popular del Cesar UPC, Colombia

José Gregorio Castañeda Romero

Docente ocasional titular. Universidad Popular del Cesar UPC, Colombia
<https://orcid.org/0009-0005-7021-7971>

RESUMEN: El estudio de la sociología clásica de la cultura muestra que los aportes de Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber constituyen un campo teórico fundamental para comprender la relación entre producción simbólica y organización de la vida social. Aunque sus enfoques parten de supuestos epistemológicos distintos, coinciden en reconocer la centralidad de la cultura en la estructuración de la sociedad. Marx interpreta la cultura como una dimensión vinculada a las condiciones materiales de producción y a las relaciones de poder, destacando su papel en la legitimación y reproducción de la dominación social. Durkheim la concibe como un sistema de representaciones colectivas que garantiza la cohesión moral y la integración social mediante normas, símbolos y rituales compartidos. Weber, por su parte, entiende la cultura como un entramado de significados que orienta la acción social y participa activamente en los procesos de racionalización de la modernidad.

El análisis comparativo de estas perspectivas permite reconocer que la cultura no puede reducirse a una sola dimensión explicativa, sino que constituye un fenómeno multidimensional en el que convergen dominación, integración y sentido. En este sentido, la sociología clásica mantiene plena vigencia analítica para interpretar las transformaciones culturales contemporáneas desde una perspectiva interpretativa e integradora.

Classical Sociological Theories of Culture: Foundations, Tensions, and Contemporary Relevance

Abstract: The study of classical sociology of culture demonstrates that the contributions of Karl Marx, Émile Durkheim, and Max Weber constitute a fundamental theoretical framework for understanding the relationship between symbolic production and the organization of social life. Although their approaches are grounded in different epistemological assumptions, they converge in recognizing the centrality of culture in the structuring of society. Marx interprets culture as a dimension linked to the material conditions of production and to relations of power, emphasizing its role in the legitimation and reproduction of social domination. Durkheim conceives culture as a system of collective representations that ensures moral cohesion and social integration through shared norms, symbols, and rituals. Weber, in turn, understands culture as a web of meanings that orient social action and actively participates in the processes of rationalization characteristic of modernity.

The comparative analysis of these perspectives makes it possible to recognize that culture cannot be reduced to a single explanatory dimension but rather constitutes a multidimensional phenomenon in which domination, integration, and meaning converge. In this sense, classical sociology retains full analytical relevance for interpreting contemporary cultural transformations from an interpretive and integrative perspective.

INTRODUCCIÓN

La sociología clásica de la cultura constituye un horizonte fundacional para comprender los procesos mediante los cuales los sujetos producen sentido, estabilizan formas de organización social y legitiman órdenes simbólicos históricamente situados. Desde finales del siglo XIX, las elaboraciones teóricas de Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber configuraron matrices analíticas diferenciadas que, aun cuando reposan sobre presupuestos epistemológicos distintos, convergen en reconocer la centralidad de la cultura en la estructuración de la vida social. En sus planteamientos, la cultura no aparece como un dominio residual ni como una dimensión subordinada de la experiencia colectiva, sino como un espacio estratégico en el que se articulan relaciones de poder, mecanismos de integración y orientaciones de sentido que hacen posible la acción social.

Lejos de constituir un cuerpo doctrinal homogéneo, la teoría clásica de la cultura puede leerse como un campo problemático atravesado por tensiones conceptuales que expresan distintas maneras de comprender la relación entre estructura social, subjetividad y producción simbólica. En este marco, el análisis comparativo de los aportes de Marx, Durkheim y Weber permite reconocer que la

cultura ha sido interpretada, respectivamente, como forma de ideología vinculada a condiciones materiales de existencia, como principio de cohesión social inscrito en representaciones colectivas y como entramado de significados que orienta la acción social desde horizontes de sentido históricamente construidos. Esta pluralidad interpretativa no solo evidencia la riqueza analítica de la sociología clásica, sino que mantiene su vigencia para la comprensión de los procesos contemporáneos en las ciencias sociales de orientación interpretativa, particularmente en aquellos enfoques interesados en examinar la producción simbólica como dimensión constitutiva de la realidad social.

METODOLOGÍA

El presente estudio se inscribe en el paradigma interpretativo, entendido como una perspectiva epistemológica que concibe la realidad social como una construcción histórica mediada por sistemas de significación, marcos simbólicos y procesos de producción intersubjetiva de sentido. Desde este posicionamiento, la teoría clásica de la cultura no se aborda como un conjunto cerrado de postulados doctrinales, sino como un campo de elaboraciones conceptuales que requieren ser comprendidas en su contexto histórico de emergencia y en su capacidad explicativa frente a problemáticas contemporáneas de las ciencias sociales. En este marco, los planteamientos de Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber son interpretados como configuraciones teóricas diferenciadas que permiten examinar la cultura en su relación con las estructuras sociales, los procesos de legitimación simbólica y las orientaciones de la acción social (Martínez, 2025).

El estudio adopta un enfoque cualitativo en la medida en que se orienta a la comprensión analítica de categorías sociológicas fundamentales tales como ideología, representaciones colectivas, acción social y racionalización. Estas categorías son consideradas no únicamente como conceptos descriptivos, sino como estructuras interpretativas que permiten reconstruir los modos en que la cultura participa en la organización de la vida social y en la producción de sentidos compartidos. Desde esta perspectiva, el análisis cualitativo posibilita examinar la cultura como un fenómeno multidimensional inscrito en procesos históricos de construcción simbólica y en dinámicas sociales atravesadas por relaciones de poder, integración y significación colectiva (Martínez et al., 2024).

El método empleado corresponde al enfoque hermenéutico, entendido como una estrategia de interpretación orientada a reconstruir los horizontes conceptuales desde los cuales los autores clásicos elaboraron sus propuestas teóricas (Gadamer, 1993). Esta aproximación permite establecer un diálogo analítico entre los textos fundacionales de la sociología y los debates contemporáneos sobre cultura, evitando

lecturas reduccionistas o meramente descriptivas de sus aportes. En este sentido, la hermenéutica opera como un dispositivo interpretativo que favorece la comprensión de las tensiones epistemológicas presentes en la sociología clásica y su proyección en los desarrollos actuales del pensamiento social (Gadamer, 1993; Martínez, 2010).

Como técnica principal se emplea la revisión analítica de literatura especializada, basada en el examen sistemático de fuentes primarias correspondientes a los autores clásicos, así como de aportes contemporáneos orientados a la reinterpretación sociológica de la cultura, (Martínez et al., 2025). De manera complementaria, el ejercicio interpretativo incorpora el pensamiento crítico como herramienta de articulación teórica, lo cual permite identificar convergencias conceptuales, divergencias epistemológicas y posibilidades de actualización analítica entre los enfoques examinados (Martínez et al., 2025; Martínez, 2026). Este procedimiento fortalece la construcción de una lectura integradora de la cultura como categoría sociológica central en el análisis de las dinámicas simbólicas de la sociedad contemporánea (Martínez, 2026).

En conjunto, la estrategia metodológica adoptada posibilita una reconstrucción interpretativa de la teoría clásica de la cultura que reconoce su densidad conceptual, su carácter histórico y su vigencia analítica en el estudio de los procesos simbólicos que configuran la realidad social en las ciencias sociales actuales.

Tensiones epistemológicas: incompatibilidades y posibilidades de Resultados: Cultura, poder y sentido en la sociología clásica: tensiones entre ideología, cohesión y racionalización

La sociología clásica de la cultura constituye un campo teórico fundamental para comprender la relación entre los significados simbólicos y la organización de la vida social. A través de los aportes de Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber, se configuran tres perspectivas que, lejos de ser homogéneas, revelan profundas tensiones epistemológicas. Mientras Marx analiza la cultura como ideología vinculada a la reproducción de las relaciones de poder, Durkheim la concibe como un sistema de representaciones colectivas que garantiza la cohesión social, y Weber la entiende como un entramado de significados que orienta la acción. Este trabajo propone una lectura crítica que articula estos enfoques, mostrando que la cultura no solo reproduce el orden social, sino que también integra, regula y transforma las prácticas sociales en contextos históricos específicos.

1. Karl Marx: cultura, ideología y fetichización de la realidad social

La concepción marxista de la cultura se inscribe en el horizonte analítico del materialismo histórico, perspectiva desde la cual las formas simbólicas no pueden comprenderse como producciones autónomas de sentido desligadas de las condiciones materiales de existencia, sino como configuraciones históricas articuladas con las relaciones sociales de producción. En este marco interpretativo, la cultura constituye un componente de la superestructura social en tanto espacio de elaboración, circulación y legitimación de significados que participan activamente en la organización de la experiencia colectiva. Desde esta perspectiva, la conocida formulación de *La ideología alemana*, según la cual “las ideas de la clase dominante son, en cada época, las ideas dominantes” (Marx y Engels, 1970, p. 50), permite reconocer que la producción cultural se encuentra estructuralmente atravesada por relaciones de poder que condicionan los horizontes de interpretación social disponibles en cada formación histórica.

Esta afirmación no debe entenderse únicamente como una denuncia de manipulación ideológica en sentido restringido, sino como una hipótesis sociológica acerca del modo en que las estructuras de dominación se inscriben en los procesos de producción simbólica. La cultura aparece entonces como un dispositivo de naturalización de relaciones históricas específicas en la medida en que contribuye a universalizar representaciones del mundo social que responden a intereses de clase situados. Las instituciones culturales, entre ellas el sistema educativo, las organizaciones religiosas y los medios de comunicación, operan en este proceso como instancias de mediación simbólica que estabilizan esquemas interpretativos orientados a legitimar el orden social vigente.

Sin embargo, una lectura estrictamente determinista de la relación entre base económica y superestructura cultural resulta insuficiente para comprender la complejidad del planteamiento marxista. En el *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*, Marx afirma que “no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia” (Marx, 1976, p. 5). Aunque esta formulación ha sido interpretada con frecuencia en términos de causalidad unilateral, una lectura hermenéutica más rigurosa permite reconocer que las formas de conciencia intervienen también en la reproducción de las condiciones sociales de existencia. Desde esta perspectiva, la cultura no puede reducirse a un reflejo pasivo de la estructura económica, sino que debe entenderse como una instancia activa en la configuración de la experiencia social históricamente situada.

Esta dimensión adquiere especial densidad analítica en la noción de fetichismo de la mercancía desarrollada en *El capital*, donde Marx sostiene que “el carácter misterioso de la forma mercancía consiste, por tanto, simplemente en que refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como si fuese un carácter objetivo de los productos del trabajo” (Marx, 2008, p. 88). Esta formulación permite comprender que las relaciones sociales de producción adquieren la apariencia de propiedades naturales de los objetos, generando un desplazamiento simbólico mediante el cual las relaciones entre sujetos se presentan como relaciones entre cosas. El fetichismo constituye así un mecanismo de objetivación social que reorganiza la percepción cotidiana del mundo bajo formas aparentemente independientes de su origen histórico.

Desde esta perspectiva, el fetichismo no puede interpretarse únicamente como un fenómeno económico vinculado al intercambio mercantil, sino como una forma cultural de estructuración de la experiencia social que contribuye a invisibilizar las condiciones históricas de producción del valor. La cultura participa en este proceso al producir esquemas de interpretación que naturalizan la lógica del mercado y consolidan la apariencia de autonomía de las relaciones económicas. En este sentido, la dimensión simbólica del capitalismo no se limita a acompañar su funcionamiento material, sino que constituye una condición fundamental de su reproducción social.

No obstante, el pensamiento marxista no reduce la cultura a un mecanismo de reproducción automática de la dominación. En su interior persiste una tensión constitutiva entre determinación estructural y posibilidad de transformación histórica que abre un espacio analítico para la crítica ideológica. La desnaturalización de las formas culturales dominantes constituye precisamente el punto de partida de una práctica crítica orientada a revelar las condiciones históricas de producción de la realidad social. En este sentido, la cultura puede convertirse también en un ámbito de elaboración de formas de conciencia capaces de cuestionar los mecanismos simbólicos que sostienen las relaciones de explotación.

Esta línea interpretativa fue posteriormente desarrollada por Antonio Gramsci mediante la noción de hegemonía cultural, entendida como el proceso a través del cual las clases dominantes consolidan su dirección social no exclusivamente mediante la coerción institucional, sino a través de la construcción de consensos que operan en el nivel del sentido común. Desde esta perspectiva, la cultura aparece como un terreno estratégico de disputa simbólica en el que se configuran simultáneamente mecanismos de legitimación del poder y posibilidades de resistencia social. La hegemonía no implica la desaparición del conflicto, sino su reorganización en el plano de la producción de significados socialmente compartidos.

En este marco interpretativo, la cultura no puede comprenderse únicamente como un repertorio de representaciones ideológicas impuestas desde las estructuras dominantes, sino como un espacio dinámico de mediación en el que se articulan prácticas de reproducción y transformación social. La producción simbólica participa activamente en la configuración de las condiciones de inteligibilidad del mundo social, contribuyendo tanto a estabilizar relaciones de dominación como a abrir horizontes de cuestionamiento histórico.

En consecuencia, la teoría marxista de la cultura permite comprender la articulación entre producción simbólica y relaciones de poder como un proceso históricamente situado en el que intervienen simultáneamente mecanismos de legitimación, ocultamiento y transformación de la realidad social. Lejos de constituir un simple reflejo de la estructura económica, la cultura emerge como un espacio de mediación en el que se configuran las condiciones de reproducción del orden social y, al mismo tiempo, las posibilidades de su crítica. Desde esta perspectiva, una lectura no reduccionista de Marx permite reconocer que las formas simbólicas no solo acompañan las transformaciones históricas de la estructura social, sino que participan activamente en su configuración y en la apertura de alternativas interpretativas frente a las relaciones de dominación existentes.

2. Émile Durkheim: cultura, representaciones colectivas, moral y sacralización de lo social

La concepción durkheimiana de la cultura se inscribe en un marco teórico orientado a explicar las condiciones de posibilidad del orden social a partir de la dimensión normativa y simbólica de la vida colectiva. A diferencia de la perspectiva marxista, que privilegia el análisis de las relaciones de dominación inscritas en la estructura social, Durkheim sitúa el problema sociológico fundamental en la comprensión de los mecanismos que hacen posible la integración de los individuos en totalidades sociales relativamente estables. Desde este horizonte interpretativo, la cultura puede comprenderse como el conjunto de representaciones colectivas mediante las cuales la sociedad produce los marcos simbólicos que orientan la acción social y garantizan la continuidad de sus formas de organización.

La noción de representaciones colectivas ocupa un lugar central en este planteamiento, en la medida en que permite comprender que los sistemas de creencias, valores y clasificaciones simbólicas no son simples agregados de conciencias individuales, sino estructuras objetivas que trascienden a los sujetos y organizan su experiencia del mundo social. En “Las formas elementales de la vida religiosa”, Durkheim define la religión como “un sistema solidario de creencias y prácticas relativas a cosas sagradas, es decir, separadas, prohibidas” (Durkheim, 2007, p. 65).

Esta formulación permite extender el análisis más allá del fenómeno religioso en sentido estricto y reconocer que la cultura constituye un entramado simbólico mediante el cual la sociedad establece distinciones fundamentales que ordenan la realidad colectiva, entre ellas la oposición estructurante entre lo sagrado y lo profano.

Desde esta perspectiva, la cultura adquiere una existencia objetiva en tanto sistema de significaciones socialmente instituidas que se imponen a los individuos con independencia de sus voluntades particulares. En **Las reglas del método sociológico**, Durkheim sostiene que los hechos sociales deben ser tratados como cosas, lo que implica reconocer su exterioridad respecto de la conciencia individual y su capacidad de ejercer sobre ella una fuerza coercitiva (Durkheim, 2001). En términos sociológicos, esta afirmación permite comprender que las categorías culturales no emergen de la subjetividad individual, sino que constituyen condiciones previas de posibilidad de la experiencia socialmente compartida.

Un elemento decisivo en la teoría durkheimiana de la cultura es el papel de los rituales en la reproducción simbólica del vínculo social. En las prácticas ceremoniales colectivas, los individuos experimentan una intensificación de la vida social que refuerza su pertenencia al grupo y reactualiza las representaciones que sostienen la cohesión colectiva. En este sentido, Durkheim afirma que “la sociedad es la que se adora a sí misma” (Durkheim, 2007, p. 312), formulación que permite comprender que los símbolos religiosos no remiten a entidades trascendentes independientes de la vida social, sino que constituyen representaciones de la sociedad en tanto totalidad moral. Los rituales aparecen, así como mecanismos fundamentales de producción y renovación de la solidaridad social, en la medida en que reafirman periódicamente los principios simbólicos que organizan la vida colectiva.

No obstante, la centralidad otorgada a la función integradora de la cultura introduce una tensión analítica en el pensamiento durkheimiano. Al privilegiar la dimensión normativa de la cohesión social, su enfoque tiende a situar en un segundo plano los conflictos y desigualdades que atraviesan las formaciones sociales históricas. Desde una lectura crítica, esta orientación puede interpretarse como una forma de sacralización sociológica del orden social, en la medida en que la cultura aparece principalmente como un sistema de legitimación de la integración colectiva más que como un espacio de disputa simbólica. Aunque esta perspectiva difiere de la elaborada por Marx, ambas coinciden en reconocer que las formas culturales participan en la estabilización del orden social, aun cuando Durkheim no las interprete en términos de dominación estructural.

Sin embargo, la noción de anomia introduce un elemento de problematización interna que complejiza su teoría de la cultura. En “El suicidio”, Durkheim muestra que el debilitamiento de los marcos normativos compartidos puede generar procesos

de desintegración social que afectan tanto a las estructuras colectivas como a las trayectorias individuales (Durkheim, 2003). Desde esta perspectiva, la cultura no solo cumple funciones integradoras, sino también reguladoras, en la medida en que proporciona orientaciones normativas que limitan la incertidumbre social y estabilizan las expectativas de acción. La anomia revela así que la cohesión social no constituye un estado dado, sino un equilibrio siempre inestable que depende de la vigencia efectiva de los sistemas simbólicos que organizan la vida colectiva.

En contextos contemporáneos caracterizados por la pluralización de los sistemas de valores y la diferenciación creciente de las esferas sociales, la propuesta durkheimiana conserva relevancia analítica para comprender la persistencia de mecanismos simbólicos de integración colectiva, particularmente en relación con la función de los rituales públicos, las identidades nacionales y las formas institucionales de producción de sentido social. No obstante, su énfasis en la homogeneidad normativa resulta limitado para analizar configuraciones sociales atravesadas por conflictos estructurales, desigualdades persistentes y procesos de fragmentación cultural que desbordan el modelo de cohesión implícito en su obra.

En síntesis, la concepción durkheimiana permite comprender la cultura como un sistema de representaciones colectivas que opera simultáneamente como principio de integración, regulación moral y producción simbólica de la sociedad. Su principal aporte radica en mostrar que la cultura constituye una condición estructural de posibilidad del orden social, en tanto produce las categorías mediante las cuales la sociedad se piensa a sí misma como totalidad. Sin embargo, una lectura crítica permite advertir que la cultura no solo integra, sino que también puede operar como mecanismo de exclusión, jerarquización y transformación histórica, especialmente en contextos sociales caracterizados por la pluralidad normativa y la diferenciación estructural.

3. Max Weber: cultura, racionalización y sentido de la acción

La propuesta sociológica de Max Weber introduce un desplazamiento epistemológico decisivo en la comprensión de la cultura al situar el problema del sentido de la acción en el centro del análisis sociológico. Frente a las perspectivas que explican la vida social a partir de estructuras objetivas de carácter económico o normativo, Weber propone una sociología comprensiva orientada a interpretar los significados que los sujetos atribuyen a sus prácticas. En "*Economía y sociedad*", define la sociología como "una ciencia que pretende entender, interpretándola, la acción social para explicarla causalmente en su desarrollo y efectos" (Weber, 2002, p. 5), formulación que establece una doble exigencia metodológica: comprender el sentido subjetivo de la acción y reconstruir sus consecuencias en configuraciones históricas concretas.

Desde esta perspectiva, la cultura no puede entenderse como un simple reflejo de la estructura económica ni como un sistema normativo exterior que se impone mecánicamente a los individuos, sino como un entramado histórico de significados que orienta la acción social. La conducta humana adquiere inteligibilidad sociológica en la medida en que se encuentra mediada por valores, creencias y expectativas compartidas que configuran horizontes de interpretación del mundo. En este sentido, la cultura opera como una condición de posibilidad de la acción significativa, en tanto proporciona marcos simbólicos que permiten a los sujetos situarse dentro de órdenes sociales históricamente determinados.

Esta dimensión adquiere particular densidad analítica en *“La ética protestante y el espíritu del capitalismo”*, obra en la cual Weber examina la relación entre creencias religiosas y transformaciones económicas en la génesis de la modernidad occidental. En este contexto, sostiene que “el deber de trabajar sin descanso en una vocación es considerado como el medio más seguro de obtener la certeza de la gracia” (Weber, 2012, p. 172), afirmación que permite reconocer que determinadas orientaciones religiosas contribuyeron a la formación de disposiciones éticas compatibles con la racionalidad económica capitalista. A partir de este planteamiento, la cultura aparece dotada de eficacia causal propia, en la medida en que los sistemas de significado pueden intervenir activamente en la configuración de prácticas económicas e institucionales.

Lejos de implicar una inversión mecánica del esquema marxista, esta propuesta introduce una concepción relacional de la causalidad social en la que factores simbólicos y materiales interactúan en procesos históricos complejos. La cultura no sustituye a la economía como principio explicativo exclusivo, sino que se articula con ella en configuraciones históricas específicas que no pueden reducirse a determinaciones unidireccionales. En este sentido, la sociología weberiana permite comprender que los sistemas de creencias no constituyen meros reflejos de estructuras materiales preexistentes, sino elementos constitutivos de las formas históricas de organización social.

El desarrollo metodológico de los tipos ideales constituye otro componente central de esta perspectiva analítica. Lejos de pretender describir empíricamente la realidad en su totalidad, los tipos ideales funcionan como construcciones conceptuales que permiten aislar rasgos significativos de los fenómenos sociales con el fin de hacerlos comprensibles en términos interpretativos. Desde esta perspectiva, el conocimiento sociológico no consiste en reproducir la complejidad del mundo social, sino en construir instrumentos analíticos capaces de orientarse dentro de ella. La cultura aparece, así como un campo privilegiado para la elaboración de interpretaciones sociológicas que articulan sentido subjetivo y explicación histórica.

Uno de los aportes más influyentes del pensamiento weberiano al análisis de la cultura moderna es el concepto de racionalización. Weber (2002), sostiene que la modernidad occidental se caracteriza por un proceso progresivo de organización de la vida social según criterios de cálculo, previsibilidad y control técnico, proceso que transforma no solo las estructuras económicas, sino también las formas jurídicas, administrativas y cotidianas de la acción social. En este contexto, la cultura moderna se configura como un espacio atravesado por la expansión de racionalidades formales que reorganizan las prácticas sociales en función de principios de eficiencia y sistematicidad.

Sin embargo, Weber no interpreta la racionalización como un proceso lineal de progreso histórico. Por el contrario, advierte que la expansión de formas racionales de organización puede generar configuraciones de dominación impersonal que limitan las posibilidades de acción autónoma de los individuos. La metáfora de la "jaula de hierro" expresa precisamente esta ambivalencia de la modernidad, en la medida en que señala la emergencia de estructuras institucionales altamente racionalizadas que, al tiempo que garantizan estabilidad y previsibilidad, restringen los márgenes de libertad individual. Desde esta perspectiva, la cultura moderna aparece atravesada por tensiones entre racionalización y autonomía, orden institucional y pérdida de sentido.

Este diagnóstico permite ampliar el análisis sociológico del poder más allá de las formas clásicas de dominación económica o normativa, al mostrar que los sistemas de significado pueden constituir también mecanismos de organización y control social. La cultura no solo orienta la acción mediante valores compartidos, sino que contribuye a estructurar los marcos institucionales dentro de los cuales dicha acción se vuelve posible. En este sentido, la sociología weberiana introduce una comprensión de la cultura como dimensión constitutiva de la modernidad, inseparable de los procesos históricos de racionalización que reorganizan las formas de vida social.

En síntesis, la concepción weberiana permite comprender la cultura como un entramado histórico de significados que orienta la acción social y participa activamente en la configuración de órdenes institucionales específicos. Su principal aporte radica en mostrar que los procesos culturales poseen eficacia causal propia en la organización de la vida social, sin reducirse ni a determinaciones económicas ni a estructuras normativas exteriores. Al mismo tiempo, su análisis de la racionalización introduce una perspectiva crítica sobre las ambivalencias de la modernidad, evidenciando que los sistemas culturales pueden constituir simultáneamente condiciones de organización social y mecanismos de dominación histórica. Desde una perspectiva integradora dentro de la sociología clásica, Weber permite articular la dimensión simbólica de la cultura con sus efectos estructurales, ofreciendo un marco interpretativo indispensable para comprender la complejidad de las sociedades modernas.

4. Tensiones epistemológicas: incompatibilidades y posibilidades de articulación

El examen conjunto de las propuestas de Marx, Durkheim y Weber permite reconocer que la sociología clásica de la cultura no constituye un campo teórico homogéneo ni un repertorio acumulativo de perspectivas compatibles entre sí, sino un espacio de problematización atravesado por divergencias epistemológicas profundas en torno al estatuto de la realidad social, la relación entre estructura y acción, y la naturaleza misma de la cultura como objeto sociológico. Estas diferencias no pueden interpretarse únicamente como variaciones metodológicas, sino como expresiones de ontologías sociales diferenciadas que delimitan modos específicos de comprender la producción simbólica en la vida colectiva.

Desde la perspectiva marxista, la cultura se inscribe en el marco del materialismo histórico, donde las condiciones materiales de producción constituyen el fundamento estructural de las formas sociales y simbólicas. En *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*, Marx afirma que “el ser social es lo que determina su conciencia” (Marx, 1976, p. 5), formulación que permite comprender la cultura como una dimensión históricamente situada de la superestructura social, articulada con las relaciones económicas que organizan la reproducción de la vida material. En este horizonte interpretativo, las formas culturales no poseen autonomía plena respecto de la estructura social, sino que participan en la estabilización de relaciones de poder inscritas en configuraciones históricas específicas.

La sociología comprensiva de Weber introduce un desplazamiento significativo respecto de este planteamiento al situar el problema del sentido de la acción social en el centro del análisis sociológico. En *Economía y sociedad*, Weber define la sociología como una disciplina orientada a “entender, interpretándola, la acción social” (Weber, 2002, p. 5), lo que implica reconocer que las prácticas sociales adquieren inteligibilidad en la medida en que se reconstruyen los significados que orientan la acción de los sujetos. Desde esta perspectiva, la cultura no puede reducirse a una consecuencia de la estructura económica, sino que debe comprenderse como un entramado de significados que interviene activamente en la configuración de los órdenes sociales. Esta formulación introduce una concepción relacional de la causalidad histórica en la que factores simbólicos y materiales se articulan en procesos complejos que no pueden explicarse mediante esquemas unidireccionales.

Por su parte, Durkheim sitúa el problema sociológico en el análisis de los hechos sociales como realidades objetivas dotadas de exterioridad y coerción respecto de las conciencias individuales (Durkheim, 2001). Desde esta perspectiva, la cultura aparece como un sistema de representaciones colectivas que precede a los sujetos y organiza sus prácticas dentro de marcos normativos compartidos. La objetividad de

las categorías culturales no deriva de su correspondencia con realidades naturales, sino de su carácter socialmente instituido. En este sentido, la cultura constituye una condición estructural de posibilidad de la integración colectiva, en tanto produce las clasificaciones simbólicas mediante las cuales la sociedad se reconoce a sí misma como totalidad moral.

La comparación entre estas tres perspectivas pone en evidencia una tensión constitutiva entre materialismo histórico, objetivismo sociológico y sociología comprensiva. Mientras Marx privilegia el análisis de las relaciones estructurales de producción, Durkheim enfatiza la exterioridad normativa de los hechos sociales y Weber sitúa en el centro del análisis los procesos de significación que orientan la acción. Estas diferencias no pueden resolverse mediante una síntesis teórica inmediata sin alterar los supuestos epistemológicos que sostienen cada enfoque. La cultura no puede ser comprendida simultáneamente como efecto estructural de la economía, como sistema objetivo de representaciones colectivas y como horizonte de sentido subjetivo sin reconocer la coexistencia de niveles analíticos heterogéneos.

Sin embargo, precisamente en esta heterogeneidad reside el potencial explicativo de la sociología clásica de la cultura. Cada uno de estos enfoques ilumina dimensiones distintas del fenómeno cultural que difícilmente podrían ser captadas desde una perspectiva única. El análisis marxista permite comprender la relación entre cultura y poder en el marco de las estructuras de dominación social; la perspectiva durkheimiana destaca la función integradora y reguladora de los sistemas simbólicos en la producción del orden social; y la sociología weberiana pone de relieve la dimensión significativa de la acción y la eficacia causal de los sistemas de creencias en la configuración histórica de las instituciones.

Esta posibilidad de articulación interpretativa puede comprenderse con mayor claridad a la luz de enfoques contemporáneos orientados a superar las lógicas reduccionistas en el análisis social. En este sentido, la propuesta del pensamiento complejo formulada por Edgar Morin resulta especialmente pertinente. Morin sostiene que "la complejidad es el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones y azares que constituyen nuestro mundo fenoménico" (Morin, 2001, p. 32), afirmación que permite reconocer que los fenómenos culturales no pueden explicarse mediante esquemas causales lineales ni a partir de una única dimensión analítica. Desde esta perspectiva, la cultura aparece como un proceso multidimensional en el que convergen simultáneamente relaciones de poder, sistemas normativos y horizontes de sentido.

En este marco interpretativo, las tensiones entre Marx, Durkheim y Weber no deben entenderse como obstáculos para la construcción de una sociología de la cultura rigurosa, sino como condiciones epistemológicas que permiten ampliar el campo analítico del estudio de los fenómenos simbólicos. La incompatibilidad parcial entre sus enfoques refleja la complejidad constitutiva del objeto cultural y pone de manifiesto la necesidad de adoptar estrategias analíticas capaces de articular distintos niveles de explicación sin reducirlos a una lógica única.

En síntesis, la sociología clásica de la cultura muestra que no existe un modelo unificado para comprender la producción simbólica en la vida social, sino un conjunto de perspectivas que, aun partiendo de supuestos teóricos diferentes, resultan complementarias en su capacidad para iluminar dimensiones específicas del fenómeno cultural. La cultura aparece, así como un proceso histórico multidimensional en el que se entrecruzan relaciones de dominación, mecanismos de integración colectiva y sistemas de significación orientadores de la acción. Reconocer esta pluralidad epistemológica no solo permite una comprensión más rigurosa de la teoría sociológica clásica, sino que abre también posibilidades analíticas para la interpretación contemporánea de las transformaciones culturales en contextos sociales complejos.

Dimensión	Karl Marx	Émile Durkheim	Max Weber	Tensiones epistemológicas	Conclusiones
Concepción de cultura	Cultura como ideología vinculada a la estructura económica	Cultura como sistema de representaciones colectivas	Cultura como entramado de significados orientadores de la acción	Cultura como fenómeno multidimensional no reducible a una sola lógica	Cultura como campo dinámico de dominación, integración y sentido
Relación cultura-sociedad	Determinada por relaciones materiales de producción	Garantiza cohesión social y continuidad del orden colectivo	Orienta la acción social mediante valores y creencias	Determinismo estructural vs objetividad social vs subjetividad interpretativa	Relación cultura-sociedad es compleja, histórica y relacional
Relación cultura-poder	Reproduce dominación de clase	Legítima orden social mediante normas y símbolos	Produce dominación simbólica racional	Diferentes formas de entender causalidad cultural	Cultura opera simultáneamente como integración y dominación
Categoría central	Ideología	Representaciones colectivas	Acción social significativa	Estado ontológico de la cultura	Multidimensionalidad cultural
Concepto clave complementario	Fetichismo de la mercancía	Sacralización de lo social	Racionalización	Objetivismo vs subjetivismo	Complementariedad crítica
Función principal de la cultura	Naturalizar relaciones sociales históricas	Integrar y regular la sociedad	Orientar el sentido de la acción	Explicar distintas dimensiones del fenómeno cultural	Explicar dominación, cohesión y significado simultáneamente
Nivel de análisis	Estructural-material	Normativo-colectivo	Interpretativo-subjetivo	Ontológico y epistemológico	Integrador-complejo
Relación con la economía	Cultura depende de la base económica	Cultura relativamente autónoma del sistema económico	Cultura puede influir en la economía	Dirección de causalidad invertida entre autores	Cultura interactúa con múltiples dimensiones sociales

Dimensión	Karl Marx	Émile Durkheim	Max Weber	Tensiones epistemológicas	Conclusiones
Relación con la moral	Moral como producto ideológico	Moral como base del orden social	Moral como orientación de la acción	Diferentes estatutos de la normatividad	Moral como componente simbólico estructurante
Relación con la modernidad	Capitalismo produce fetichización social	Modernidad requiere integración normativa	Modernidad implica racionalización creciente	Interpretaciones divergentes de la modernidad	Modernidad entendida como proceso cultural complejo
Tipo de dominación cultural	Ideológica	Normativa	Racional-simbólica	Multiplicidad de formas de poder cultural	Dominación cultural multidimensional
Lugar del sujeto	Condicionado por estructura social	Regulado por normas colectivas	Intérprete activo del sentido social	Debate objetivismo vs subjetivismo	Sujeto situado históricamente
Naturaleza de la cultura	Superestructura histórica	Hecho social objetivo	Sistema de significados	Fenómeno complejo no reducible	Campo dinámico históricamente situado
Problema epistemológico central	Determinación económica	Exterioridad de lo social	Comprensión del sentido subjetivo	Incompatibilidad parcial entre enfoques	Complementariedad analítica posible
Posibilidad de articulación teórica	Limitada si se interpreta de forma reduccionista	Parcialmente compatible con análisis simbólico	Compatible con enfoque interpretativo complejo	Requiere enfoque multidimensional	Articulación desde pensamiento complejo
Aporte principal al estudio de la cultura	Relación cultura-ideología-poder	Cultura como base de cohesión social	Cultura como orientación del sentido social	Reconocimiento de tensiones constitutivas	Cultura como fenómeno multidimensional contemporáneamente vigente

Cuadro 1. Elementos para tener en cuenta a la hora de entender las teorías sociológicas clásica de la cultura

CONCLUSIONES

El examen comparativo de las propuestas de Karl Marx, Émile Durkheim y Max Weber permite establecer que la sociología clásica de la cultura no configura un cuerpo teórico homogéneo ni un modelo explicativo unificado, sino un campo de problematización atravesado por divergencias epistemológicas que remiten a distintas concepciones sobre la relación entre estructura social, acción y producción simbólica. Estas divergencias no pueden entenderse como simples diferencias metodológicas, ya que expresan posiciones ontológicas diferenciadas respecto del estatuto de la cultura en la vida social y del papel que desempeñan los sujetos en la configuración de la realidad histórica.

Desde esta perspectiva, uno de los principales resultados del análisis consiste en reconocer que cada autor delimita una dimensión específica del fenómeno cultural que resulta irreductible a las otras. En la tradición marxista, la cultura aparece vinculada a las condiciones materiales de producción y a las relaciones de poder que estructuran la reproducción social, lo que permite comprender las formas simbólicas como espacios en los que se inscriben procesos de legitimación y naturalización de la dominación. En la obra de Durkheim, en cambio, la cultura se configura como un sistema de representaciones colectivas que garantiza la integración moral de la sociedad mediante la producción de marcos normativos compartidos. Por su parte, la sociología comprensiva de Weber permite situar la cultura en el horizonte del sentido de la acción social, mostrando que los sistemas de significado poseen eficacia causal en la configuración histórica de las instituciones modernas.

El reconocimiento de estas diferencias permite superar las interpretaciones reductivas que tienden a privilegiar una única dimensión del fenómeno cultural. Lejos de constituir perspectivas mutuamente excluyentes en términos analíticos, los enfoques desarrollados por Marx, Durkheim y Weber hacen posible una comprensión más compleja de la cultura en tanto proceso multidimensional en el que convergen relaciones de dominación, mecanismos de regulación social y horizontes de sentido orientadores de la acción. Esta pluralidad interpretativa no debilita la coherencia del análisis sociológico, sino que amplía sus posibilidades explicativas al permitir la articulación de distintos niveles de observación de la realidad social.

En este marco, el aporte principal del presente trabajo consiste en proponer una lectura integradora de la sociología clásica de la cultura que no busca resolver las tensiones entre estos enfoques mediante una síntesis artificial, sino reconocer su productividad teórica como condición para una comprensión más rigurosa del fenómeno cultural. Desde esta perspectiva, la cultura puede ser conceptualizada como un campo dinámico en el que se articulan procesos de legitimación simbólica, mecanismos de integración normativa y estructuras de significado históricamente

situadas. Esta formulación permite superar interpretaciones unidimensionales que reducen la cultura a su función ideológica, normativa o subjetiva, mostrando en cambio su carácter relacional y procesual.

Asimismo, el análisis desarrollado permite reafirmar la vigencia de la sociología clásica como herramienta interpretativa para abordar problemáticas contemporáneas vinculadas con la dominación simbólica, la fragmentación de los sistemas normativos y las transformaciones culturales asociadas a la modernidad avanzada. La articulación crítica de los aportes de Marx, Durkheim y Weber no implica la neutralización de sus diferencias, sino la construcción de un horizonte analítico capaz de integrar dimensiones estructurales, normativas y significativas en el estudio de los procesos culturales actuales.

El principal resultado de este trabajo no reside únicamente en la sistematización comparativa de tres tradiciones sociológicas fundamentales, sino en la elaboración de un marco interpretativo que permite comprender la cultura como un fenómeno históricamente situado, epistemológicamente plural y analíticamente abierto. Desde esta perspectiva, la sociología clásica de la cultura no aparece como un legado cerrado, sino como un campo teórico en permanente relectura que continúa ofreciendo herramientas conceptuales indispensables para la comprensión de la complejidad de las sociedades contemporáneas.

Razones, políticas, económicas, sociales y culturales por la cual no se debe votar por la izquierda (Cepeda) en Colombia

BIBLIOGRAFÍA

- Durkheim, É. (2001). *Las reglas del método sociológico*. Fondo de Cultura Económica.
- Durkheim, É. (2003). *El suicidio*. Akal.
- Durkheim, É. (2007). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Alianza Editorial.
- Gadamer, H.-G. (1993). *El giro hermenéutico: Ensayos sobre la comprensión*. Ediciones Cátedra.
- Gramsci, A. (2000). *Cuadernos de la cárcel*. Ediciones Era.
- Martínez Barrios, H. E., Cuello Maure, J. L., Fajardo González, S., & Castañeda Romero, J. G. (2024). Security as an urban social imaginary in Valledupar. *Russian Law Journal*, 12(1), 253–269. <https://doi.org/10.52783/rlj.v12i1.3665>

Martínez Barrios, H. E., Rodríguez Díaz, Y. J., & Martínez Arredondo, L. E. (2025). Critical thinking as a fundamental tool in contemporary higher education: Conceptualization, characteristics, importance and dimensions. *International Journal of Applied Mathematics*, 38(4s), 1122–1134. <https://doi.org/10.12732/ijam.v38i4s.291>

Martínez, H. E. (2010). *El proceso de investigación científica en la universidad*. Fundación Elite.

Martínez, H. E. (2025). Fundamentos filosóficos del conocimiento científico: Gnoseología, epistemología, paradigmas y enfoques de investigación. En *Filosofía, essência e existência: questões fundamentais e reflexões filosóficas* (pp. 117–149). Atena Editora. <https://doi.org/10.22533/AT.ED.7501125240310>

Martínez, H. (2026). Lineamientos teóricos y metodológicos para el diseño de proyectos de investigación cualitativa en ciencias sociales y humanas. En *Ciencias humanas y los procesos de cambio social* (pp. 1–55). <https://doi.org/10.22533/at.ed.318112612011>

Marx, K. (1976). *Contribución a la crítica de la economía política*. Siglo XXI Editores.

Marx, K. (2008). *El capital* (Vol. 1). Fondo de Cultura Económica.

Marx, K., & Engels, F. (1970). *La ideología alemana*. Ediciones Pueblos Unidos.

Morin, E. (2001). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.

Weber, M. (2002). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

Weber, M. (2012). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Alianza Editorial.